

Un Símbolo del Periodismo Americano

Luis Eduardo Nieto Caballero fue en Colombia, un país donde todos hemos sido periodistas, el periodista. No quiso ser otra cosa. A la fuerza le hicieron alguna vez embajador, y quizá en alguna otra ocasión parlamentario. Pero lo que él defendía con terquedad, sin ceder, era su posición de periodista. Ahí estaba su misión en la vida. Había estudiado en París y en Nueva York, tenía la más sólida preparación que pudiera envidiar un estadista, y conocía la historia de Colombia en sus más íntimos repliegues, pero ni lo extranjero le sacó del juicio patrio ni aceptó otra tribuna que la misma que aprovecharon los fundadores de la nación colombiana para darle conciencia a la república: Colombia nació en hojas de papel impreso. Ha sido un país de libros desde que con ellos vino en la cabeza el único Quijote conquistador, don Gonzalo Quesada, Quijada o Quijano, a fundar una colonia sacada de libros de caballerías.

Nieto Caballero era otro Nariño —a quien también se ha llamado el andante Caballero— y como Nariño tuvo que luchar distribuyendo en secreto los papeles de los Derechos del Hombre, y fue genial autor de Bagatelas. Una de las contradicciones más fabulosas de la Colombia de hoy es esa de que nuestro gran periodista de este siglo, el hombre cuyas cuatro letras L.E.N.C. aparecieron durante casi cincuenta años todos los santos días del año en el periódico, quedó prohibido en el último año de su vida. Simbólicamente para Colombia esto ha sido como la supresión de un diario. Para Nieto Caballero, el escritor a quien sólo la muerte podría arrebatarse la pluma. —y esto no es en sentido figurado, porque jamás usó de una máquina de escribir—, esa sanción sólo podía ser un episodio que le obligara a pasar del periódico impreso a la hoja clandestina. De las colecciones clandestinas que ya empiezan a ser lo mejor del periodismo americano de nuestro tiempo, la de las hojas de Lenc será para la historia tesoro incomparable. No hay en ellas ni diatriba, ni bajeza. Son el grito herido de la justicia. El sabía que el periodismo clandestino es, en cierto modo, más exigente, desde el punto de vista moral, que el se hace con todas las ventajas de la circulación autorizada por la ley. La función de quien se mueve en la catacumba para llevar un mensaje íntimo que se entrega un poco con el corazón en la mano resulta función sagrada. Así

lo entendieron los que de mano en mano se pasaban la lamparita de la fe republicana en las últimas noches coloniales, y nos dejaron esa claridad maravillosa que aún hoy ilumina en nuestro espíritu y nos permite no perder la ilusión en la libertad.

Como Lenc tuvo clara conciencia de que era la materia más noble —santa materia— la que llevaba a sus hojas, copiadas en mimiógrafos por manos devotas de mujer, no vacilaba en salir con temerario arrojo, él, herido ya varias veces por una enfermedad del corazón, a repartir, con su propia mano, y frente al propio palacio presidencial, sus cartas al Presidente. En ellas le decía su verdad desnuda, sin subterfugios, en un gesto de caballero tan notable que sin tener Nieto Caballero la huesuda estampa del jinete cervantino, parecía haber nacido en un lugar de la Mancha.

Casi al tiempo con la noticia de su muerte he leído, publicado en un diario de Panamá, la última carta clandestina de Lenc. Escrita casi en la víspera de

morir, es una muestra de ese empeñamiento suyo que le permitió cultivar la sordera para no oír los pasos de la muerte que se le acercaba, tan callando. Es, como solía hacerlo, una carta dirigida al Jefe del Estado en hidalga, airada defensa de una de las más puras figuras de todos los tiempos de Colombia, —Alberto Lleras— víctima en esos días de una violenta arremetida oficial. Lenc, al volver por la buena fama del gallardo adalid liberal, dejó ahí en testamento o atestiguamiento de hasta dónde su pasión por la justicia era impetuosa, desbordante. Es una carta que quedará en la historia como el retrato moral de su carácter. Y una carta que le enseñará a nuestros amigos de América y a los colombianos de los años futuros, que la tierra de Colombia da hombres buenos, generosos, batalladores de la libertad y la justicia... como si fuera un lugar de la Mancha!

Germán ARCINIEGAS

Panamá, abril de 1957.

Luis Eduardo Nieto Caballero

La muerte fue tremendamente inoportuna con Luis Eduardo Nieto Caballero. Si le hubiera respetado durante unas semanas más su angustiada y fecunda vida, el rebelde patriota habría visto el alba que anuncia la nueva libertad de Colombia. Sin embargo, la alegría que hubiera entonado los últimos momentos de su existencia, ha sido reemplazada por la palma de mártir del civismo.

Terco, violento, indomable, Bogotá y Colombia y América admiraron el extraordinario espectáculo del anciano colérico, que clamaba justicia para el pueblo, burlado por las arbitrarias autoridades y vendido por quienes prefirieron el saboreo de un pastel indigesto al pan sencillo de la dignidad cívica.

Luis Eduardo Nieto Caballero ganó un sitio permanente en el cuadro de los grandes varones de Colombia. Nevada por las canas la altiva cabeza, tomadas del espasmo constante las rebeldes arterias, renunció a las pompas de las embajadas y se dió a la tarea útil de luchar por la libertad ultrajada de su pueblo. Cuando la hostil censura negaba espacio en la prensa para sus columnas encendidas, Luis Eduardo Nieto Caballero se acercaba al Palacio Presidencial y dejaba a los porteros, —armados de medrosos rifles— la catilinaria contra el

déspota; después, en las esquinas, bajo los portales protectores, en el amable ambiente de los cafés, leía a los amigos el mensaje tremendo que acaba de dirigir al magistrado.

Hombres sanos y robustos se sumaban al coro de quienes rendían pleitesía a los gobernantes ensoberbecidos; hombres alegres, que necesitaban dinero para el festín y el garito; hombres de gran mundo, a quienes acuciaba el interés de figurar en los altos cuadros de la política. En tono ampuloso se han llamado las "fuerzas vivas" de la Patria, sin saber ¡oh, paradoja terrible y fatal!— que las fuerzas vivas de la Patria habían tomado aposento en la débil estructura de quienes, como Luis Eduardo Nieto Caballero, se desdeñaban de la angustia física, para holgar con la satisfacción sin límite de saberse obreros del porvenir de la República.

Muerto para la realidad visible de la vida que pasa, muerto para el afecto y la amistad, muerto para el deleite de la fácil palabra, Luis Eduardo Nieto Caballero vive, en cambio, intensa vida en el mundo de quienes saben que las Repúblicas existen y duran por el mensaje permanente de aquellos que vencieron el miedo y la vergüenza.